

CAPITULO IX.

UNA MAÑANA CON EL PACHA DE ESMIRNA.

—o—

El Pachá nos había hecho la visita de una manera tan amistosa y agradable que, por medio de nuestro consul, indagamos cuándo se la podríamos pagar. Por la mañana nos había invitado, notificaciones que intentaba darnos una comida al estilo antiguo turco. Puede fácilmente imaginarse cuál sería nuestro gusto al facilitársenos el hacer de este modo tan original nuestro viaje en Oriente, viendo costumbres peculiares una tras otra.

A las once de la mañana nos dirigimos al consulado y allí nos pusimos de riguroso uniforme, el que se veía extraño y ridículo entre los trajes orientales, y esa heterógena multitud en las ca-

lles. De allí nos encaminamos al deteriorado muelle. Aquí, el bote del Pachá nos esperaba. Era una embarcación larga, fabricada estrechamente, de una madera esculpida divinamente; estaba tripulada por doce marineros turcos, los que tenían un aspecto grave y sumamente aseados, con sus camisas blancas y sus gorras encarnadas.

La entrada á la estrecha embarcación debajo de su techo escarlata, era en estremo difícil, estorbándonos las espadas y los asicates. Parte de nuestro séquito no encontró lugar, pero para éste había ya dispuesto otro bote. Nos lanzamos volando por las espumosas ondas con dirección á la ciudad turca, á cuya entrada se encontraban palacios y cuarteles. Los remeros movían sus largos y encorvados remos con una rapidez extraordinaria y tan iguales, como si lo hubieran ensayado con un metrónomo. Oí decir que estas gentes reman por días enteros sin descansar, bajo la influencia de este calor ardiente, hasta que al fin viene á sufrir como un especie de extásis calenturiento, y casi se vuelven locos, prorumpiendo en un quejido triste y uniforme.

Me senté en el bote sobre un elegante cojín de seda encarnada, y por falta de espacio, crucé las piernas. Esto no puede verse muy pintoresco con el traje europeo. Nos acercamos al desem-

barcadero que estaba frente al palacio. Los jardines habían sido compuestos para nuestra recepción, y conforme avanzábamos se dejaba oír una música legítimamente turca saltamos á tierra. Nos trajeron unos caballos hermosos, árabes, pertenecientes al Pachá. Estaban cubiertos con unas magníficas mantillas azules bordadas de oro y plata: las riendas estaban primorosamente cinceladas. Sin embargo, siempre preferimos ir á pié esta corta distancia. Los guardias nos rodeaban. De toda clase de instrumentos posibles, dimanaba una música confusa, y así, en medio de una numerosa concurrencia, entramos con pompa oriental hasta el régio aposento interior de Alí Pachá.

Un gran número de sirvientes armados y vestidos con el traje de turco á la antigua, formaban la línea hasta donde estaba el gobernador. Portaban las armas mas hermosas, en su mayor parte de plata pura. Los guardias que nos acompañaban, desgraciadamente no usaban ya el traje antiguo y parecían mal con el moderno. El saco sucio les venía muy mal, y no tenía color, mientras que en el traje antiguo se veía algo de noble, histórico é interesante, y de acuerdo con los colores vivos de la tierra del Sol.

El proverbio de que el "traje hace al hombre," se muestra aquí como verídico, solo que en sentido

inverso al resto de la Europa, pues los del pueblo en Esmirna son fieles á las antiguas ordenanzas, aun todavía mas en Constantinopla, produciendo una impresion imponente y original, puesto que este traje conviene á la barba, y á las figuras de los musulmanes, mientras que, tanto las "autoridades" como los soldados, parecen bastante pobres con sus trajes modernos. Al verlos, involuntariamente piensa uno en la caída del imperio turco; pues con semejantes figuras, haciendo un papel tan secundario entre la multitud, la Sublime Puerta pierde su prestigio, y los cristianos del imperio turco muy pronto cesaran de temblar ante un Pachá ó Bey, que se esfuerza en querer imitar las modas europeas con tan mal éxito, y no le considerarán como antiguamente, "el castigo de Dios." Así es como se perderá la gran idea del imperio otomano, lo mismo que el rio alemán, el Rhin se pierde en las arenas. "El traje hace al hombre."

El palacio de Ali es taba fabricado de madera segun la costumbre turca, pues los musulmanes, de acuerdo con los mandatos del Corán, ven sus casas tan solo como lugares de descanso temporales puesto que su vocación particular es la de propagar el Corán por el Universo á sangre y fuego, d suerte que tregua y no paz es lo que han decidido por ahora con los cristianos.

En el último escalon de la escalera de madera nos recibió uno de los empleados principales, acompañado de varios criados. Después del Pachá, ocupa este el lugar mas alto en el Estado. Era una especie de oficial de policía, y parecia ser un espía mahometano, de una buena índole, pero al que, sin embargo, en Viena no se le hubiera considerado digno de semejante empleo. Ali tenia buenos motivos para conocer sus habilidades como político, puesto que pasa las mañanas enteras con él en amistosa charla. Este pobre hombre estaba temeroso de que se diera de él un informe desfavorable al ministerio en Constantinopla, el que no está de lo mejor dispuesto hacia el Pachá porque pertenece á la "reacción" turca.

Como no le podemos dar el apodo de "pigtail" (1) le designaremos el maho metano de la "barba larga," pues en realidad este viene á ser el símbolo de los regimientos antiguos. Le llamábamos á este espía de la policía oriental, por abreviatura, "su excelencia," puesto que, tanto el gobernador como el dragoman, siempre le daban este tratamiento. Repetidas veces se tocaba el estó-

(1) Pigtail es el apodo que los ingleses han dado á los chinos por la trenzita que usan como colita de marrano.—
Nota del traductor.

mago, la boca y la frente, como pruebas de la mas alta estimacion. Yo no sé si con esto queria enseñar que el estómago era la parte mas desarrollada que tenia y que el cerebro era inferior al primero y á la boca. Quién sabe! pero el hecho es que el Pachá nos dió la bien venida con las mismas señales en el descanso principal de la escalera.

En la fisonomía del Pachá se leia su buena índole. No es muy alto, pero sí sumamente gordo, y en sus lábios jugaba una sonrisa benévola. Tiene la cabeza espaciosa, sus ojos son benignos y no faltos de inteligencia. Unos cuantos bucles de un color castaño se dejaban ver debajo de su gorra, la que á cada instante amenazaba caérsele y daba lugar á que hiciera unos movimientos con la mano, cómicos. El gobernador usaba la barba corta, como todo empleado de la época presente, pues aquí se le tiene á esto como una señal especial de oposicion á la reaccion turca, y con sus intrigas como de dervis-algo jesuitas, se acortan la barba. miéntras que entre nosotros por el contrario, si desea uno llegar á ser ministro, ó cuando ménos consejero privado, es necesario manejar el negocio como lo hizo "Fra Diábolo." Entre nosotros, el libre "ego," el conocimiento liberal de los tiempos modernos, se muestra por la ma-

yer prolongacion de la cara mediante la barba. En todas partes los hombres se sujetan á modas que ellos mismos se imponen.

La levita que llevaba el Pachá era de un paño azul oscuro con un bordado de oro sumamente rico; sus indesibles (pantalones) eran de paño blanco con franja de oro. En el cuello tenia la divisa que le pertenesce como cuñado del Sultan. Consiste esta en un collar de diamantes y dos borlitas de lo mismo, como igualmente el nombre del Sultan embutido en brillantes. En el pecho llevaba la Orden Rusa de San Andrés, la que recibió en el año de 1827, cuando fué enviado como embajador á San Petersburgo, habiéndose distinguido muchísimo en la guerra, y siendo el único hombre á quien los rusos temian. En la cintura tenia fajada una magnífica espada con una cubierta de "peau de chagrin," con diamantes engastados.

En el primer y gran pasillo habia reunido un número mayor de criados. Los turcos se precian particularmente en tener una gran cantidad de esclavos y de sirvientes. Mediante unas señas de lo mas respetuosas, nos condujo Alí á un salon con entrada al vestíbulo, y cuya prolongada serie de ventanas, presentaban una vista magnífica del mar, por donde penetraba una brisa vi-

vificante, que provenia de ese elemento siempre hermoso.

Las paredes y el cielo del aposento estaban pintados de un color gris claro. Unas listas doradas circundaban la cornisa con unas divisas orientales. Dos costados eran casi de espejos, las ventanas tan solo estaban separadas mediante unas ligeras particiones de madera. Estaba visible por estas ventanas una parte de la ciudad y toda la bahía. Cerca del umbral de las ventanas habia divanos, sofas y poltronas. Entre los dos rincones ovalos, cerca de la puerta de entrada, la pared está espléndidamente tapizada y adornada con oro. En el centro está inscrito el nombre del Sultan con letras de oro, sobre un fondo azul. Debajo de estas letras, en el ensamblado de madera, hay unos cajones pequeños, adonde se guardan todas las curiosidades mas preciosas, "souvenirs" y papeles. Este parece ser el santuario de la familia, y á o consecuencia de estar allí puesta enfrente una gran mesa cuadrada, tiene aquello aire de capilla. En el suelo hay tendidos unos tapetes primo rosamente acabados. El resto de los muebles son traídos de Viena y de Trieste por los turcos; los que habia en el cuarto en que nos hallábamos, estaban esculpidos con gusto y forrados con una cuerda negra.

El Pachá ofreció unos sillones á mi hermano y á mí junto á la ventada y frente á la poblacion, de suerte que podiamos ver el aposento por dentro, y por fuera el mar. Allí se sentó á nuestro lado.

El resto de los señores que habian venido en el primer bote, se colocaron en los divanes indistintamente. A esto se entabló la conversacion entre nosotros y el gobernador, mediante un intérprete, el que traducia al frances. Por las preguntas que nos hacia Allí, comprendiamos que no le faltaba educacion, y sus cumplimientos, legítimamente turcos, eran selectos, floridos, y casi se puede decir picantes.

A poco, llegó el acompañamiento que venia en el segundo bote. Los señores fueron presentados al Pachá por el cónsul general de Austria, quien les dijo, con afabilidad, que esperaba que todos cumplirian con su deber, salvo el médico, que no tuviera la oportunidad de llenar el suyo. Apenas podia contener la risa al ver la sorpresa de mis amigos. Nuestros uniformes tan feos y tan sencillos, no dejaban de parecer ridiculos con singularidad entre ese lujo asiatico; mientras que, por otro lado, el amable y obeso cronista de la Casa y Corte de S. M. Apostólica, en cuya fisonomía se traslucian las ganas que tenia de reirse

ante un gobernador y Pachá de una provincia asiática de la Sublime Puerta, formaba un "tableau de genre" del todo magnífico.

Después de que se hubieron sentado estos señores, y á una señal dada, se introdujo un tropel de criados con unos «chibúques» en extremo hermosos, de siete á ocho piés de largo, y los que tenían como lanzas debajo del brazo. Midieron la distancia de nosotros al suelo con mucha destreza, y una mirada sagaz; y colocaron con tal habilidad la parte hueca de la pipa en el suelo, que la boquilla llegaba exactamente á nuestros lábios. Esta destreza y habilidad es considerada en las casas turcas como una prueba de buen tono. Se hincaron, y bajo de cada pipa pusieron un platillo de metal con unos cuantos carbones, y soplando prendieron el vegetal predilecto, arrojando una llama humeante. Todo esto se efectúa con admirable expedición, solo que es una lástima que estos criados usen la librea moderna.

Reconocimos la pipa que habíamos usado en el baño. Yo estaba enteramente sorprendido al ver el gran número que había de estos artículos de lujo, que muestran hasta qué grado ha llegado este en Turquía.

Una vez el Sultan dió una proclama contra la extravagancia suprema que había en esto de las

pipas, pues algunos de sus Pachás se habían arruinado nada mas que á consecuencia de estas costosísimas chucherías. Por lo que toca á nuestro buen Alí, no hay nada que temer, puesto que es muy rico. La renta que tiene, solo como gobernador de Esmirra, le da nada ménos de ochenta mil florines anuales.

En medio de la conversacion, y cuando ménos lo pensábamos, hizo que se le acercara nuestro querido Dr. F., y mediante el intérprete, le suplicó que le tomara el pulso, puesto que para él venia á ser el mismo honor practicar en su persona lo que con nosotros había hecho todos los días. El facultativo hizo lo que se le encomendó, y aseguró á S. A. que su pulsacion estaba notablemente fuerte y de buena salud, á lo que nuestro amable huésped soltó una estrépita carcajada. Tambien le preguntó al doctor si se había descubierto algun remedio para el cólera, y al ser contestado en la negativa, no parecia nada contento, pues es muy grande el terror que á esta epidemia se le tiene en Oriente.

Los domésticos se volvieron á aparecer, trayendo café. Esta bebida, que se toma con tanta frecuencia, se sirve en pequeñas tazas, las que están colocadas en unos pedestales que tienen la forma de un huevo. Generalmente son de porce-

lana, pero estas eran de un esmalte color de rosa, tachonadas de diamantes. El café está muy caliente, y se toma con todo y asientos y sin azúcar. No es tan malo como es de suponerse.

Cuando las pipas estaban á medio fumar, se las llevaron los criados, y se volvieron á presentar con ellas rellenas de nuevo y listas para su uso. Rspentinamente oímos sonar una campana, y en la plaza que estaba frente al palacio se aparecieron tres camellos de aspecto magestuoso y adornados con esplendidez, rodeados por unos conductores que estaban vestidos pintorescamente. Un espectáculo enteramente nuevo nos iba a ser enseñado—una lucha de camellos—cosa de que aun en Europa no habia oido hablar.

A fines del año, los machos se enfurecen, se cazan los unos á los otros, se muerden y se dan de coces á manera de los gallos en Inglaterra cuando se pelean. Desgraciadamente la tentativa que entónces hicieron, no tuvo éxito; solo el mas fuerte de todos, al ser apremiado por uno de los conductores, hizo por morder á uno de los mas débiles, arrojando espuma por la boca varias veces; sin embargo, el contrario solo gemia de un modo lastimoso, y pronto abandonó el terreno.

Aunque á esta diversion le habia faltado éxito, el espectáculo que presentaban estos animales,

nos habia interesado en extremo. Nuestro huésped se desapareció repentinamente: ignoramos aún el motivo. Despues de un rato, volvió sumamente agitado, y nos invitó á la mesa. Tomó la delantera (esto parece que es la costumbre en Oriente) y con cabeza erguida entró al pasillo, adonde fuimos saludados por las interminables caravanas de sus domésticos. De allí nos condujo por una puerta pequeña, que estaba cubierta con unas cortinas muy pesadas, al comedor.

Este aposento ofrecia un cuadro encantador, propio de la fantasía y de la gracia de esa tierra del sol. Las paredes y el cielo raso estaban cubiertas con un "moiré" blanco listado de encarnado y unos ramos de flores. De un costado, lo mismo que en el salon, habia una hilera larga de ventanas altas, y bajo las cuales habia un divan verde lujoso y amplio. Un enrejado de madera nos ocultaba de las miradas de los curiosos. En el suelo habia unos tapetes hechos de tules, y sobre estos unas ricas alfombras.

En el centro de la pieza habia dos tablones grandes de "vermeil" sobre un asiento de tres piés, cubierto con ricas telas. Estos formaban las mesas para comer, á las que, segun costumbre turca, se sientan seis ó siete personas y nada mas. Por lo tanto, la comitiva se dividió en dos par-

tes. Nos sentamos en unos cojines muy suaves, esperando ver con gran inquietud lo que venia de comer. Ali Pachá, el principe J., el baron K., el cónsul general, mi hermano y yo, formábamnos las personas de la primera mesa.

Cada uno de los convidados tenia delante una cuchara blanca y negra, en la que habia embutidos unos corales; una toalla de "bastista" bordada de oro, que parecia mas bien pañuelo; un bolillo de pan fino y blanco, cuya mitad estaba cortada en forma de largos paralelógramos, y varios platillos cincelados en "vermeil" y plata con suma elegancia, en los que habia costosas pasas sultanas, sardinas, "caviaró," pepinos, ensalada, leche agria (jocoque), sandias y melones. Estos últimos los habia madurado á tal grado el sol del Sur, que se derritian en la boca lo mismo que azucar.

Comimos estos diversos "hors d'œuvres" á nuestro antojo durante el festin; no era malo el arreglo, pues en las comidas al estilo oriental, lo dulce y lo agrio, se ofrecen por turno.

Los criados nos pusieron unas servilletas bordadas de oro las que nos fueron liadas por los brazos y las piernas; estas nos daban un aspecto muy ridículo. Sin embargo, parece que esto es del todo indispensable, pues solo lo líquido se tomaba

con cucharas, lo demás teniamos que partirlo con las manos.

Apénas nos habiamos sentado, cuando se llenó el cuarto de sirvientes, los que se divirtieron en grande á nuestras espensas burlándose de la sorpresa que teniamos, como de nuestros modales tan poco diestros. Habia en el centro de la mesa un tapete de cuero pequeño y redondo, y sobre del cual se colocaban los platos uno tras otro. El número de estos pasaba de veinte. Eran todos de una porcelana blanca y azul. Cómo que puede interesar á los "gourmets," europeos doy la «carte» de la comida.

El primer plato, era una sopa de macarroni que podia haber hecho honor á un cocinero frances. Despues se siguió carnero asado, relleno de arroz, notable por su delicadeza. La sopa se habia tomado con la cuchara; pero lo que es en este platillo el Pachá metió su pulida aunque gruesa mano, y nos dió á entender que podiamos seguir su ejemplo. Todos se echaron sobre el asado como bestias feroces, y los filamentos fueron presto alojados con no meterselos en la boca aunque con bastante torpeza. Como una muestra particular de politica y cortesía rompió un huesito, y me lo ofreció con una sonrisa amable, como si hubiere sido una flor. Nos vimos en una posicion difícil sin sabor que